

EDUARDO BALMACEDA VALDES

DEL PRESENTE Y DEL PASADO

CRONICAS - RECUERDOS - HISTORIA

SALUDOS
LAURA GONZALEZ VERA



AL SR.
NEMESIO ANTUNEZ

AQUI VA UN
APORTE A LA CRONICA
FAMILIAR,
PARA SOLAZ Y
RECREACION DE
LAS GENERACIONES
PRESENTES

EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1941

B NOV 91 19:07 FROM SALAS/GRAF

PAGE 00

Fundación
NEMESIO
ANTUNEZ

Siguiendo con las residencias de los millonarios del norte, bajemos por la calle de la Compañía hasta la esquina noroeste con la calle de Teatinos, donde se hallaba la casa de don Bernardo Del Solar.

Desde que mis padres se casaron, entró al servicio de nuestra casa, con el título de llavera, una bondadosa e inteligente mujer que recordaremos siempre con hondo cariño, pues secundó a mi madre con rara abnegación en sus tareas maternas. La mamita Martina, como así le llamábamos, había sido criada en casa de una hija de la condesa de Toro y de su memoria fresca y retazona fluían mil relatos de aquellos tiempos, los que yo, con mi ardiente afición al pasado, siempre escuchaba atento. Según se decía,

de su tierra. Me parece interesante anotar algunos párrafos de este diario de viajes de hace 114 años.

"Setiembre, lunes 22 de 1823.—Hoy a las 7 de la mañana hemos salido de Río de Janeiro con destino a los Estados Unidos, al puerto de Providencia; salimos juntos con la fragata americana Amistad y otra inglesa, pasando con felicidad los fuertes de San Juan y Santa Cruz, viniendo de pasajero don Esteban Cea."

El día 6 de enero de 1824 desembarca en Nueva York, y anota: "En la mañana del día 6 llegué a una de las fondas principales de Nueva York que se llama "City-Hotel". Hoy martes he visto muchas calles con casas muy hermosas y con mucho comercio. Estuve en un paseo público que hay junto al mar, el cual paseo tiene muy bonita vista para la mar, porque se ven los buques que entran y salen; todo el paseo está con muchos árboles y al fin tiene un mirador muy grande y sobre él hay una asta con una bandera que sirve para señales a los buques. Al lado del mar tiene una muralla de piedra y todo lo demás está rodeado de rejas de madera. También estuve en un cementerio donde entierran difuntos, que aquí es costumbre tenerlos junto a las iglesias. Era bastante grande y rodeado en contorno con rejas de fierro; está lleno de sepulturas y cada una tiene una lápida de mármol o piedra donde está escrito el nombre del que allí está, su fecha de nacimiento y su muerte. También hay algunos cuerpos en cajas de piedra, otros en monumentos grandes de mármol y otros en bóvedas. El día ha sido nublado, con algunas garugas y muy fresco." —"Miércoles, enero 7. Esta noche estuve en la Comedia; la casa es chica (me dicen que otra que había muy hermosa, se incendió hace poco tiempo). Es bonita y tiene 4 altos y 48 palcos; la entrada importa un peso. Todas las señoras y hombres se sientan juntos, cualesquiera que sean, en los palcos y pueden irse a otro cuando quieren; a la luneta nunca van mujeres, ni tampoco caballeros, solamente jente baja." —"Jueves, enero 8. Hoy pasé al otro lado del río en un buque que anda con una máquina que le dan vueltas 8 caballos, la hechura del buque es con dos botes grandes abajo y la cubierta sobre los dos botes, y en medio de los dos, abajo, va una rueda

fundación
NEMESIO
ANTÚNEZ

la mamita era hija de un caballero y aunque no lo acusara su presencia, había en su conducta rasgos que denotaban calidad.

Fué ella quien me mostró, por primera vez, la casa Del Solar y me dijo algo de su historia.

El señor Del Solar, como su cuñado Urmeneta, fué también de los grandes favorecidos de Tamaya. Para su residencia de Santiago había encargado a Francia el más suntuoso menaje que podía obtenerse por aquellos años y tan pronto como se supo que había llegado a Valparaíso el buque que traía el ponderado mobiliario, corrióse la voz por la ciudad y aprestáronse todos a presenciar la entrada de tantas maravillas.

En las carretas de la hacienda de Chacabuco llegaron una tarde a Santiago los cajones que durante largos meses se habían mecido al través del océano, y tal era su proporción, que no fué posible entrarlos a la casa y hubo que desembalar el menaje en plena calle.

que parece de molino dando vueltas en el agua y la fuerza de ésta hace andar el buque 9 millas por hora; sobre la cubierta tiene camarotes para los pasajeros que quieren sentarse y en el medio, van los ocho caballos dando vueltas a la rueda. Este buque no hace más que ir y volver de un lado al otro del río trayendo pasajeros y por pasar una vez se pagan dos centavos. Al otro lado del río hay mucha población; el lugar donde estuve se llama Brooklyn, dicha villa está situada en un lugar muy hermoso y tiene 7,175 habitantes, dos plazas, donde se vende carne, dos imprentas y tres iglesias, una para Episcopalianos, una para Deutsch Reformed y una para Metodistas. Estuve en esta villa pocos momentos y me volví a este lado del río en un buque de humo de vapor; la hechura de éste es la misma que es de caballos, pero la máquina es muy diferente y sólo anda con el vapor; toda la máquina es de fierro, a un lado hay un caldero muy grande de agua hirviendo y el vapor entra a otras muchas máquinas de modo que hace dar vueltas la rueda (que es como la del otro buque). Después vine a ver una casa que se llama City Hall, este edificio es magnífico, no hay otro que se compare con él en los Estados Unidos, está situado en el centro de la ciudad; todo es de mármol muy blanco y tiene 216 pies de largo, 105 de ancho y 65 de alto. Estuve en el Museo, la casa es muy hermosa y tiene muchas curiosidades que ver; hay mucha diversidad de pájaros, insectos, animales, peces, minerales, concha y muchas más cosas curiosas; las más raras que vide fueron osos, tigres, lobos, leones, y un elefante; también hay colección de muchas cosas de los indios y entre las curiosidades que vide había un par de estribos de los que usan los huasos en Chile." — "Sábado, enero 10. Estuve en una fábrica donde trabajan el mármol, donde vide estar cortando piedras muy grandes y el modo de cortarlas es con una sierra sin dientes y echando en la abertura donde van cortando, arena mojada. Para cortar una piedra grande, me dijeron que un hombre se tardaba 7 días. — Estuve en una casa que se llama Franklin Museum en donde vide una colección de 200 láminas muy hermosas y algunas antiguas muy particulares; se paga por entrar dos reales. — Estuve en la

Un buen número de huasos de la hacienda habían sido traídos con ese fin, los que dirigidos por prolijos carpinteros y tapiceros, empezaron la apertura de los cajones. El tráfico se suspendió, y tal fué la aglomeración de curiosos, que el señor Del Solar tuvo que acudir a la policía a fin de liquidar la tarea. Pero en realidad el menaje valía la pena de ser admirado, y ya me lo decía la vieja llavera: "¡Qué lámparas, hijito, si, apenas las podían ocho forzudos huasos, y qué candelabros, y qué alfombras, si cuando las extendieron parecían para la catedral!"

Instalado el buen señor con toda la opulencia que correspondía a su fortuna y a un Cagigal del Solar, fué su hogar centro de fastuosas recepciones en que en armonía con la más notoria pasión del dueño de casa, el tapete verde funcionaba sin descanso. Cuéntase, a propósito, que estando don Bernardo en su calidad de senador, en activa oposición al Gobierno, éste se vengó haciéndole allanar una noche su casa que, al decir de sus enemigos, se estaba convirtiendo en un garito. Conspicuo grupo de la capital

casa de Comedia que estaba muy hermosa, decorada con muchas banderas e iluminada con 7 arañas grandes de cristal y muchas bombas chicas. Había muchísima jente." —"Domingo, enero 11. Hoy a las 10 del día entré en una Iglesia protestante en donde primeramente hubo una lectura en la Biblia, después oración y cantaron algunos salmos; se concluyó la función con un sermón y salimos a las 12 del día. La Iglesia no era muy grande, edificada en piedra; está dividida en muchos cuartos pequeños que cada uno tiene su dueño y dentro hay asientos, libros religiosos y una estufa chiquita para calentarse. Al fin de la Iglesia hay un púlpito muy hermoso donde el Ministro predica; en la otra cabecera, a la entrada, hay un coro alto donde está el órgano y donde cantan mujeres y hombres. En cada esquina de la Iglesia tiene una estufa muy grande con bastante fuego; nunca se hincan y solamente se paran cuando el Ministro hace alguna petición a Dios. Las mujeres vestidas lo mismo que cuando van a cualquier otra parte y nunca se quitan las gorras. He estado en muchas Iglesias de diferentes religiones, pero son casi lo mismo y en las ceremonias hay muy poca diferencia. El domingo en la tarde también van a la Iglesia y las ceremonias son lo mismo que las del día con la diferencia que no hay sermón. (Yo no puedo entender la razón por qué no van a la misma Iglesia que van de día, y me parece raro tener una para de día y otra para de noche)." —"Martes, enero 13. A las 6 de la tarde me embarqué en un buque de humo de vapor y pasé al otro lado del río llamado North River; la noche la pasé en un pueblo que se llama Hoboken y a las 3 de la mañana del día 14 salí en un coche con destino a Philadelphia."

Anotación suelta del diario: "Estuvimos en tierra hasta las 8 de la noche (el Capitán y 2 pasajeros) en donde tuvimos una buena cena y nos divertimos después de un viaje tan malo y largo, pues hace como seis meses que dejamos la costa de Chile y 87 días desde Río de Janeiro."

El fin de este viaje del señor Urmeneta, fué el de ir a estudiar Comercio en un colegio de Providence, Capital del Estado de Rhode-Island.

Adelina Patti Caux; lo que dió origen a que los chuscos santiaguinos llamaron a Carlota la Pa-ti-co-ja.

Recuérdase que la noche del 18 de septiembre de 1870, minutos después de haber terminado en el Teatro Municipal un magnífico espectáculo en que Carlota fué ovacionada con delirio por un público que jamás había escuchado mayor perfección en el canto, prodújose un incendio entre bastidores que devoró hasta los cimientos de "nuestro primer Coliseo"; así, los santiaguinos vieron desaparecer, en aquella memorable noche, uno de los edificios en que cifraban, y, con justicia, su orgullo.

Desaparecidos los señores Del Solar, ya el rocabor, el tresillo, la malilla y otras distracciones, habían menguado grandemente sus bienes por lo que sus sucesores viéronse obligados a deshacerse de la regia mansión que pasó a manos de la señora doña Eduvigis González de Antúnez.

Estando la casa en poder de esta dama, su hijo don Carlos y su esposa doña Laura Cazotte, ofrecieron allí un gran baile en honor de don José Manuel Balmaceda al subir a la Presidencia de la República. Festearon también los esposos Antúnez, en esta residencia, al hijo del Presidente de Francia, M. Sady Carnot. Los velones de cera que en enormes arañas iluminaban los salones, lloraban gruesas lágrimas que en más de una ocasión no lograron contener las grandes candilejas de cristal; Monsieur Carnot, habíase sentado bajo una de esas lámparas, en amena charla con una distinguida y bella dama, y tan amena debió ser esa charla, que ninguno de los dos reparaba en la cera que iba cayendo como tenue lluvia sobre las espaldas del joven francés. Por fin, gruesos lingotes hicieron sentir el calor de la cera cuando ya se hallaba convertido en un panal. Avisados los dueños de casa, se precipitaron a hacer limpiar en la mejor forma el frac del festejado, mas éste, todo un gentilhombre, reía, expresando que peores cosas pudieron haberle sucedido, tan embebecido como estaba en la belleza y el encanto de su compañera.

Fueron éstas las últimas solemnidades que presenciaron los lujosos salones que el oro del norte hizo venir de Francia a servir de magnífico marco a lo más pintado de la sociedad de Chile, y de ellos quedan vestigios en el palacio de la Moneda, pues, a la muerte de la señora de Antúnez, el Gobierno adquirió algunas obras de arte de las llegadas en tiempos de Solar.

Antes de abandonar este sitio ¿cómo dejar la antigua casa del General Salamanca en la esquina encontrada con los Del Solar? ¿Quién no recuerda haber visto salir de

INA NEMESIO
ANTÚNEZ

nuestra primera juventud, una sugestiva página de historia social, llena de vida y de color. Y al empezar mis recuerdos de esta mansión, la miro como un encantamiento, con sus doradas cúpulas que reverberaban en los ocasos del verano, circundada por un parque admirable con húmedas grutas donde entrábamos temerosos después de escuchar historias de duendes y de hadas, con su lago cristalino poblado de cisnes domésticos que se arrimaban a nuestra barca a coger las migajas que les llevábamos especialmente y donde los domingos por las tardes paseábamos en pequeños cochecitos conducidos por caballos como los de los cuentos de Liliput.

Y en este conjunto de mis recuerdos, veo con nitidez a la dueña de casa, con toda la distinguida sencillez que la caracterizaba y que la hizo ser unánimemente estimada y querida.

No olvido nuestra felicidad cuando mi madre nos anunciaba que íbamos a pasar la tarde al palacio Concha y Toro; sabíamos que todos los agrados que buscamos en la niñez los encontraríamos en la casa de esa familia amiga, por quienes mis padres tenían especial simpatía y cultivaban antigua amistad.

El oro de las minas de Caracoles había elevado en nuestra Alameda este admirable palacio morisco, pero el nabab que lo edificó no alcanzó a darle el ambiente de sun-tuosidad simpática con que hasta sus últimos años lo llenaron don Enrique Concha y Toro y su esposa doña Teresa Cazotte.

La sociedad entera de Santiago desfiló muchas veces por esos salones, trasunto de la Alhambra o del Generalife, en la más lejana capital de América. Y así, como la generación de nuestros padres actuó en todos los esplendores de esa casa, a nuestra niñez y a nuestra juventud está también ligada por inolvidables recuerdos. Aquí tuvo su origen uno de los primeros acontecimientos sociales que más impresionaron nuestra imaginación adolescente y hace ya tanto tiempo, que, al mirar hacia atrás para evocarlo, lo veo casi perdido al través de los años corridos, mas, vamos recordando.

Doña Teresa Cazotte de Concha que había hecho de su hogar uno de los centros más atractivos de Santiago por los muchos motivos que ya he anotado, jamás fué indiferente a todos los deberes de la piedad cristiana y con un esfuerzo digno del mayor encomio, fundó la "Sociedad de las Creches", cuyos beneficios reciben pródigamente hasta hoy los pobres de Santiago. Y con el mismo entusiasmo con

que la había fundado, la señora de Concha buscaba los medios para su mantención no pudiendo abastecer tantas necesidades de su propio peculio.

Fué así que por allá por los años de 1905 se organizó en esta casa una gran representación de beneficencia, ideada por el secretario de la Legación de España, el señor Dupuy de Lôme, que aunque tenía nombre parisiense, era madrileño.

Consistía aquello en una pantomima inspirada en la naturaleza e interpretada por niños de diferentes edades en que actuaba parte del firmamento, la Flora y algunos personajes mitológicos.

El rol principal correspondió a Teresa Concha Cazotte que era el sol y vestía un maravilloso traje de lama de oro combinado de tal manera que al elevar los brazos hasta juntarlos arriba, hacía en realidad el efecto de un sol deslumbrante con los reflectores de potente luz que se le aplicaba; desde lo alto de una gran escalera descendía a presenciar el matrimonio del Clavel con la Violeta. El novio lo representaba Enrique Concha Cazotte vestido de morado terciopelo y la novia, Raquel Echeverría Cazotte, con un traje de pétalos de raso, sin que nadie hubiera imaginado al verla tan fresca y tan hermosa, los cortos años que le quedaban por vivir. Todos los adornos de la naturaleza poníanse de gala para la boda y al son de música elegida especialmente, danzaban en la escena las flores, entre las que recuerdo a Luisa Concha, la lila; a María Cristina Balmaceda, la rosa; a Elena Saavedra, la maravilla; a Ximena Morla, el musgo. Luego Gabriela Baeza Lynch, que era la luz, disparando unos venablos de oro; a Leonor Echeverría Cazotte, de Flora; a Gabriela Saavedra, de hada; a Raquel Ossa Mackeller, de aurora, llevando en la cabeza una estrella de diamantes que se iluminaba con una pequeña lamparilla eléctrica y que fué nuestra mayor admiración; a Rebeca Valdivieso Valdés, de luna; Lucía Besa Rodríguez, de noche; Gabriela Lazcano Valdés, las de Agüero Herboso y las Saavedra Montt, representaban las horas. Emilio Toro Astaburuaga, que hacía de moscardón, con un traje de raso verde primoroso, saltaba entre las flores al son de los murmullos que imitaba la orquesta. Luego, los heraldos, Jorge Valdivieso Valdés y José Antonio Isaza Toro, anunciaban con largas trompetas la llegada de Apolo, representado por Santiago Ossa y seguido por sus pajes, Raúl Valdivieso Valdés y Raúl Alfonso Balmaceda.

Al finalizar esta escena, *el tiempo*, Nicolás Peña Lynch, con grandes alas, largas barbas y llevando en las manos un reloj de arena, atravesaba el proscenio con so-

No sería posible hablar de algún ambiente social santiaguino de los últimos veinte años sin anotar en forma especial una de sus personalidades más destacadas: la figura de Alejandro Murillo revive fresca con todos sus relieves en nuestros recuerdos. Alto, fornido, de varonil talante, calvo desde sus años mozos, vestido siempre con intachable elegancia, correcto en sus ademanes, alegre siempre como el tañer de la pandereta sevillana, espontáneo y profundamente bondadoso era este maestro del ingenio. Difícil es hallar en una sociedad un animador más completo de lo que fué Murillo; sus chistes que fluían impensados uno tras otro, llevaban un sello especial de gracia criolla inimitable; pero este hombre, que jugaba con el *esprit* y que fué sin duda el más popular gracejo de su tiempo, jamás supo herir a nadie; al través de su vigorosa personalidad traslucíase siempre un alma sana, con reacciones a veces, casi infantiles.

Cuéntase que cuando el poeta Cavestany vino a Chile y fué presentado a Murillo, preguntóle aquél si tenía parentesco con el célebre pintor de las vírgenes, respondióle en el acto Alejandro que, seguramente debían pertenecer a distintas familias desde el momento en que el español se apasionaba por hacer vírgenes y él por deshacerlas.

Con su amigo Nemesio Antúnez instalaron una oficina comercial, donde en un balance apareció anotada la siguiente partida: "Entrada, una monja; salida, un peso". En esa misma oficina recibió Murillo una carta de una amiga francesa que, entre mil protestas de amor, pedíale quinientos pesos y terminaba diciéndole que por sólo demostrarle más claramente su cariño había tomado clases de español, como podría darse cuenta por la redacción y ortografía de la carta. Alejandro respondió con idéntica gentileza y, al felicitar a la dama por sus progresos en la lengua castellana, advirtióle que la ortografía estaba perfecta, sólo que cincuenta se escribía con un solo cero.

¿Cuántas anécdotas pudiéramos contar de Alejandro Murillo? Pero sería menester llenar densos volúmenes. Al recordarlo, vienen a mi memoria nuestras estadas en Codao, la hospitalaria hacienda de nuestros amigos Ossa Covarrubias, donde desde la mañana a la noche, nos mantenía en constante hilaridad.

Y va que hablamos de ingenio cómo olvidar al benjamín del hogar Vergara Bulnes, el malogrado Jorge Scroggie Vergara? Naturalmente talentoso, listo para disfrutar de todos los buenos momentos que puede dispensar la vida, admirablemente oportuno, popular y celebrado en todos los grupos y en todas las edades. No olvidaré una tarde en

NA NEMESIO
ANTÚNEZ